

Solitario entre las multitudes

No me gustan los artículos urgentes, y menos aun los urgentes y necrológicos. Pero resulta que me piden unas líneas para hablar de Gerardo Diego, a vue-la voz, y no me voy a negar, pero haciendo constar, de antemano, que no pienso en Gerardo Diego como un poeta muerto, sino simplemente como el poeta que leí y conozco, y como si él estuviera ahora aquí y oyéndome.

Digo esto porque no creo que un escritor sea noticia sólo cuando muere, sino que es noticia, si es un verdadero artista, siempre que publica o ha publicado alguna obra de valor.

Mis preferencias personales sobre los mal llamados poetas de la generación del homenaje a Góngora o Generación del 27, no señalan particularmente la obra de Gerardo Diego, que pienso que es un buen escritor, un bonísimo escritor, pero no un gran escritor.

No quisiera que el lector de estas palabras viera en mi apreciación un partidismo ideológico o político (Diego fue, sin duda alguna, el mejor poeta que le fue adjudicado al llamado bando nacional o bien que se autoadjudicó, pese a la presencia de Jorge Guillén y otros que me callo), sino simplemente al hecho de que lo mejor de la obra de Gerardo Diego no reside en un libro o libros concretos, sino en algunos de sus poemas o fragmentos de poema.

Sin olvidar, por supuesto, el valor innegable de títulos como "Manual de espumas" o "Fábula de Equis y Zeda", no puedo preferirlos a otros como son "Sobre los ángeles", de Rafael Alberti, "Poeta en Nueva York", de Lorca, "Cántico", de Jorge Guillén, "Hijos

de la ira", de Dámaso Alonso, "La voz a ti debida", de Pedro Salinas, o "La realidad y el deseo", de Luis Cernuda, por poner solamente como ejemplo algunos libros que recuerdo ahora al azar.

¿Dónde reside pues la importancia poética "per se" de Gerardo Diego? En muchos y desperdigados poemas de su amplia obra, desde "Romance del Duero" o "Insomnio" hasta "Azucenas en camisa" o "Esperanza".

Solitario entre las multitudes, centinela de la mejor poesía de su tiempo, ciclotímico monje literario o, mejor dicho, jesuítico catador de la belleza, Gerardo Diego está donde él quiso estar: entre los buenos, entre los mejores, pero sin afán de liderazgo, sin deseo de que sus desvelos de escritor y profesor pasaran desapercibidos frente a su obra de creación.

¿Mejor profesor o antólogo que poeta? Eso queda, como siempre, a la opinión y al gusto del despiadado lector, del dulce crítico literario. Yo, particularmente, prefiero de su obra el período que han llamado creacionista.

Que el diablo nos coja a todos convictos y confesos. Nadie es inocente o todos somos culpables. Ahí está la obra de Gerardo Diego, falta que la gente se interese por ella.

Me gustaría imaginar que, si algún día le piden a alguien una nota sobre mi desaparición, si es que esa nota me la mereciera, no tuviese esa persona que trabajar a destajo, con tristeza y angustia, y con este calor que ahora me está agobiando.

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO